faltas, así como es propio de las zarzas producir espinas que puncen: que aun los justos caen siete veces al dia, esto es, caen muchas veces: que el espíritu tiene sus enfermedades, del mismo modo que el cuerpo las suyas; y que supuesto que el hombre muchas veces es para sí mismo un grande ejercicio de paciencia, no debe causar admiracion que ejercite el sufrimiento de otros hombres; y como notó San Gregorio el Grande, la verdadera justicia conoce la compasion, pero no conoce la cólera ni la ira. De aquí inferia que era necesario valerse de la afabilidad en el trato de la vida; que las palabras que nos ofenden, regularmente mas son movimientos de la naturaleza, que indisposiciones del corazon; que aun los mas prudentes no están exentos de pasiones, las cuales suelen arrancarles ciertas espresiones de que inmediatamente se arrepienten, y que en cualquiera parte que nos hallemos, siempre tendremos que sufrir; pero que como en esto hay proporcion para merecer, debemos atesorar caudal de afabilidad, porque sin esta virtud se padece sin mérito, y aun acaso con riesgo de perder la eterna salud.

« La afabilidad, añadia el Santo, tiene tres principales actos: « el primero de estos reprime los movimientos de la ira, y las con« mociones de aquel fuego que turba al alma, se manifiesta en el « rostro y hace mudar de color. Un hombre afable no deja de pa« decer este primer movimiento, porque los movimientos de la na« turaleza suelen adelantarse á los de la gracia; pero se mantie« ne firme para que no venza la pasion; y aunque á pesar suyo se « manifieste alguna alteracion en su esterior, inmediatamente vuel« ve sobre sí, y se restituye á su estado natural. Cuando se ve pre« cisado á reprender ó á castigar, siempre se gobierna por la re« gla de la obligacion, y nunca por los movimientos de la ira. « Imita en esto al Hijo de Dios, que llamó á San Pedro Satanas; [1] « que en la misma ocasion, por diez ó doce veces llamó á los ju« dios hipócritas; que derribó las mesas de los negociantes, y que « en todas esta ocasiones manifestó una perfecta tranquilidad, en « las que un hombre que no fuese afable, solamente hubiera ma« nifestado ira. El superior que proceda de este modo, sacará « mucho fruto: sus correcciones serán bien recibidas, porque irán « gobernadas por la razon y no por el genio. Los que gobiernan

1 San Mat. cap. 16. v. 23.

« deben poner muy particular atencion en los respetos que el Se« ñor guardaba con los suyos. Nadie gusta de ser corregido con « rigor, y todos dicen con el Profeta Rey: castigadme, Dios mio, « pero que no sea en el tiempo de vuestra indignacion.

« El segundo acto de la afabilidad consiste en una gran dul« zura, y en una serenidad de semblante que dé aliento á los que » tienen precision de tratarnos. Hay algunas personas que con un « semblante risueño y agradable contentan á todos, y que desde « la primera vista parece que os ofrecen su corazon y os piden el « vuestro. Por el contrario, hay otras que desde luego se presen« tan con aire de rigidez, y cuyo semblante seco, arrugado y áspero « asusta y espanta. Los misioneros, que por razon de su estado, « tienen obligacion de tratar con las pobres gentes del campo, « con los ordenandos y con los ejercitantes, deben procurar ad« quirir aquellas espresiones agradables que ganan los corazones. « No haciéndolo así, sacarán muy poco fruto; serán como una « tierra seca que no produce mas que cardos.

« Finalmente, el tercer acto de la afabilidad consiste en des« echar de nuestra imaginacion aquellas reflexiones que se siguen « siempre á las molestias que se nos hacen sufrir, ó á los malos « tratamientos que se nos suelen hacer. En este caso es necesa« rio acostumbrarse á desechar de sí la idea de la ofensa; á es« cusar á aquellas personas de quienes nos proviene, y á decirse « á sí mismo que ha obrado precipitadamente, y dejándose lle« var de un primer movimiento; y sobre todo, se debe procurar « no abrir la boca para responder á los que intentan inquietar« nos. Tambien se ha de procurar tratar con agrado á aquellos « que usan de pocas atenciones con nosotros; y si llegasen hasta « ultrajarnos y aun á darnos una bofetada, debemos ofrecerlo á « Dios, y sufrir por su amor este injurioso tratamiento. Es nece« sario tambien contener los movimientos de la ira, y valerse en « todas ocasiones del lenguage del agrado, porque una sola pala« bra afable puede convertir á un obstinado; cuando por el con« trario, una sola palabra desabrida es capaz de afligir á una al« ma. En toda mi vida solamente en tres ocasiones me he valido « de palabras ásperas para reprender á otros; y aunque por en« tonces juzgué que tenia justo motivo para hacerlo así, despues « me he arrepentido, porque me salió muy mal; y por el contra-

« rio, valiéndome del agrado, siempre conseguí lo que deseaba. "

El agrado, que siempre encanta, tenia en nuestro Santo cierta sencillez, cierta eficacia y prudencia, que era imposible resistirle. Hallábase un dia en compañía de muchas personas distinguidas; una de ellas, entre muchas maldiciones que pronunció, fué que quisiera que se la llevase el Diablo. Al oir esta espresion Vicente, le abrazó con mucha gracia, y le dijo sonriéndose: « Yo os detendré para Dios, porque seria lástima que fué« seis del Demonio. " Estas pocas palabras edificaron á los circunstantes, movieron á aquel á quien se dirigian, y prometió abstenerse en lo sucesivo de semejantes espresiones.

La afabilidad de nuestro Santo en ningun modo debilitó el valor y fortaleza de que era preciso estuviese dotado un hombre como él. « Nadie, decia él mismo, es mas constante en el bien, que « aquel que hace profesion de afabilidad: por el contrario, los que « se dejan arrebatar de la cólera y de sus pasiones, por lo comun « son inconstantes. Los primeros se parecen á aquellos rios que « corren sin hacer ruido, pero que siempre corren y nunca se se« can: los segundos se parecen á los torrentes, hacen como ellos « mucho ruido al principio, pero su fuerza pasa con la crecida: « obran con ímpetu, y así nada les sale bien. ¿Pues qué es lo que « debemos hacer para tener buen éxito en los negocios que Dios nos « confia? Seguir siempre el ejemplo del mismo Dios: caminar co« mo él resueltamente al destino, pero por caminos llenos de sua« vidad y de dulzura: " *Attingit ergo à fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suavitèr.* [1]

Vicente hermanaba la fortaleza con la afabilidad. No tenia mas apoyo que su virtud, ni mas política que su fe. Hablaba la verdad aun en medio de la corte; nunca prometia lo que su conciencia no le permitia cumplir. Se mantenia firme contra las mas poderosas instancias, y aun el agradecimiento y el amor le hallaron siempre inexorable: en todo el discurso de su larga vida no dijo una vez *sí* dictándole su conciencia que debia decir *no*. Pudiéramos alegar multitud de testimonios en prueba de esta verdad; pero como todos se reducen á una misma cosa, referiremos solamente tres. El primero es de Mr. de Lamoignon. Despues de haber dicho que la estimacion que el público hacia de nuestro

[1] Sapient. cap. 8. v. 1.

Santo movió á la reina madre á llamarle para su Consejo de conciencia, añade « que el siervo de Dios habló en varias ocasiones « muy delicadas con un valor digno de los Apóstoles; que ningun « respeto humano pudo obligarle á disimular la verdad ni aun « levemente, y que nunca se valió de la confianza de los grandes « sino para inspirarles las ideas que debian tener. " El segundo testimonio es de Meliand, antiguo obispo de Alet. « La voz co« mun, dice en su carta á Clemente XI, nos ha enseñado que Vi« cente en los consejos del rey tuvo un valor y una constancia « inaccesibles á los ruegos y á las amenazas; y por de elevada cla« se que fuesen los que aspiraban á las prelacías y á otros bene« ficios, jamas consintió que fueran provistos en ellos si sabia (lo « que nunca dejaba de suceder) que no los merecian. " Finalmente, el tercer testimonio es de Fenelon, arzobispo de Cambray: en su carta á Clemente XI dice: « que la discrecion de espíritu y « la constancia fueron dones que resplandecieron muy particu« larmente en el siervo de Dios, y en tan alto grado, que apenas « es creible; y que en los consejos de Ana de Austria nunca tuvo « respeto ni al odio ni al favor de los grandes, sino únicamente « á los intereses de la Iglesia. "

Varios hechos manifiestan tambien que Vicente de Paul no conoció en la tierra otro temor que el de Dios. En su vida leemos que mas quiso pasar plaza de ingrato para con uno de sus mas íntimos amigos, que interesarse en que fuese restituida á su empleo una abadesa que era poco edificante. Tambien leemos en ella, que manifestándose superior á todas las reglas de la prudencia humana, fué en busca de cierto padre, no para darle la enhorabuena del nombramiento de su hijo para un obispado, sino para persuadirle que no permitiese que su hijo ocupase un puesto de que no era digno. Igualmente leemos en ella, que negó la entrada en los monasterios de religiosas de que él era superior, á señoras de la primera distincion, y aun á algunas princesas, tomando sobre sí las malas resultas que podian tener semejantes negativas, y esponiéndose á todos los resentimientos. Finalmente, leemos en ella otros muchos pasages semejantes, los que prueban que Vicente, como los antiguos profetas, debió ser un muro de bronce y estar dotado de fortaleza, sin apartarse por eso de los caminos de la afabilidad.